

Salir a la calle: Calàbria 2005 / Hospital 2026

Antonio Ortega reconstruye *Salir a la calle y disparar al azar*, una exposición de David G. Torres

28.04 - 17.05.26

Concèntric

Hay un concepto desarrollado por la crítica Catherine Millet que me fascina y que a menudo me sirve de guía. Es un gesto que añade determinación y personalidad al hecho artístico y que denomina *l'écart*, y que hace referencia a aquellas prácticas artísticas que, siendo plenamente conscientes de la tradición en la que se inscriben, introducen una desviación, un desplazamiento modesto pero significativo.

Estas variaciones se vuelven especialmente relevantes cuando operan por intensificación o exageración de cualquiera de los rasgos distintivos del modelo de referencia. Un ejemplo es el paso de la técnica del *dripping* de Pollock, haciendo gotear los pinceles, al uso como herramienta para pintar de una pistola de pintura industrial conectada a un compresor de aire que utiliza Katharina Grosse. Entonces, en mi opinión, el gesto de Grosse es una intensificación del mismo principio.

En la Barcelona de finales de los noventa, los proyectos *Se Alquila*, de Luisa Ortínez, fueron un claro modelo de cómo hacer una exposición con ciertas inclinaciones *do it yourself*: “Nos prestaban un lugar, lo arreglábamos un poco con bombillas y extensión eléctrica y repartíamos los gastos entre todos los artistas participantes”. Sin embargo, la voluntad de Luisa Ortínez no era situarse en una especie de escena *outsider*, sino todo lo contrario: sus propuestas surgieron con la intención de generar contexto, operando de una manera sorprendentemente cercana a la institución.

David G. Torres siguió este gesto del *écart* cuando presentó la exposición *Salir a la calle y disparar al azar*, intensificando las dos características fundamentales de *Se Alquila*: la presencialidad como punto central y la voluntad de pertenecer al sistema del arte.

La exposición tuvo lugar en diciembre del 2005 en el sótano que se había utilizado como taller, y reunió un conjunto de materiales, muchos de los cuales eran simplemente carteles, discos, *flyers* u otros elementos sin valor de mercado que recuperaban “algunos momentos relacionados con la necesidad de ejercer el pensamiento inconformista”. El contenido de la exposición se presentó casi como un manifiesto. David G. Torres la definió como “una reivindicación de la radicalidad y la intensidad como fundamentos del arte”. Figuras como Tristan Tzara, Marcel Duchamp, Dead Kennedys, Sonic Youth, Velvet Underground, Chip Lord o Pau Riba convivieron con creadores como Ignasi Aballí, Jens Hanning, Momu y No Es, Rubén Martínez, El Perro, Guy Richards, Anna Fasshauer, Martí Anson, Alex Gifreu o yo mismo, en una constelación que priorizaba el discurso sobre el objeto. Esta inclinación antiformalista se puede resumir bien en una de las piezas textuales que David guarda en su casa: “Para decir algo, la primera premisa es tener algo que decir”. O sea, una concepción del arte en la que el autor debe ser plenamente responsable de su discurso.

Sin embargo, el gesto más significativo de la exposición se encontraba en su formato. La exposición duró exactamente dos horas, coincidiendo con la duración de la inauguración. Esto significaba reducir la exposición al hecho social, a la celebración del encuentro, a ser uno dentro de un colectivo. La exposición no proponía un recorrido íntimo y visual, la exposición no pretendía educar, la exposición no era más que un espacio de energía. En la documentación de la muestra, la mayoría de los rostros que aparecen tienen expresiones cómplices y optimistas, como si anticiparan cómo iban a canalizar esa experiencia. La exposición era un artefacto.

Finalmente, la exposición fue voluntariamente muy canónica. Replicando – con bajo presupuesto – todas las características de una inauguración institucional (convocatoria, informadores de sala, invitados, póster, catálogo, *catering*...). Indicaba así que se trataba de una iniciativa que aspiraba a formar parte del sistema. Una forma de generar contexto. La responsabilidad de generar contexto.

Hemos recuperado esa experiencia siguiendo un modelo de reconstrucción casi arqueológico, que reúne las huellas que quedan más algunos duplicados que, a través de una presentación cercana a un gabinete de curiosidades, nos remite tanto a la lógica de la vitrina como a la idea de una biblioteca, en cierto sentido cercana a André Breton, autor de la frase que daba título al proyecto: “Salir a la calle y disparar al azar”.

Antonio Ortega